

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.



—Está corriente?—Al reloj.  
—Tráelo acá.—Viva don Carlos!  
—Y viva la Inquisición!

## Carlismo é intervención

No tratemos de engañar al país: los carlistas se echan al campo. Y pronto. Es para ellos cuestión de vida ó muerte; de ser ó no ser. Aun cuando no quisieran, se echarían. Después de las alharacas y las amenazas que han lanzado, y del dinero que han tomado, y de los compromisos que han adquirido, por fuerza tienen que probar fortuna. De no, el carlismo se disolvería.

Iniciare la guerra, y comenzar las naciones extranjeras á pensar en la intervención, será todo uno; á los veinte días se pondrán al habla; y al mes ó mes y medio la acordarán.

Manera de evitar esto? Sencilísima. Caer sobre el carlismo como una avalancha; dejar que el pueblo entre en los conventos al sonar el primer tiro; tener en la frontera francesa un cuerpo de ejército ó dos con más teas que fusiles, para que vengan destruyéndolo todo hacia acá; prender á todo carlista, con antifaz ó sin él, declarando en estado de sitio toda la Península para juzgarlos militarmente; no olvidándose de que la guerra hay que hacerla en las poblaciones con más rigor que en los campos; que hay que reventar, antes que á los que llevan las armas, á los que se las ponen en la mano.

Y allá va lo principal, lo que más les duele, lo que apresuraría la terminación de la guerra, lo que acaso les impediría comenzarla si se convenciesen de que había el propósito firme de cumplir lo que propongo.

Recuérdese que la procacidad de los diarios carlistas no reconocía límites durante la guerra. Pedían á sus correligionarios «fusiles, cañones, lanzas, y al que no pudiese facilitar esos instrumentos de guerra, mil reales, cinco duros, una peseta y hasta dos cuartos, si á más no alcanzaban sus recursos, para Dios, para la patria y para el rey, amenazándoles con que no luciría para ellos la misericordia divina si no contribuían en la medida de sus fuerzas á sostener la causa de don Carlos.»

¡Dinero! Este era para los asesinos aquellos el objeto primordial. Lo sacaban de todas partes, con peticiones, con amenazas, á mano armada... Y lo hacían, cuando les interesaba hacerse gratos á la opinión. ¿A qué no se hubieran atrevido si llegaban á triunfar?

Con las subvenciones de ferrocarriles, los robos al Estado y á particulares, lo que les producían los secuestros y lo que el clericalismo les daba, los carlistas eran entonces los que más dinero tenían en España. Las casas de Banca alemanas é inglesas saben bien el dinero que además se les enviaba de Filipinas.

Por estas razones, ya que el dinero lo es todo para los carlistas, mestizos é integristas adyacentes, en el bolsillo hay que castigarlos. Sientan ellos el dolor ahí, y la guerra terminará por sí sola. Lo que todos ellos tienen vale menos que la vida de un solo soldado.

No se cometerá al hacerlo ninguna injusticia. Es ya ley que el vencido pague los gastos de la guerra: cinco mil millones de francos le costó á Francia el ser derrotada por Prusia.

Apliquemos este sistema á los carlistas, pero desde que disparen el primer tiro, pues que tenemos la seguridad de

vencerlos; decretése el embargo de sus bienes, y véndanse tras breve tramitación. Así tendremos para los gastos de la guerra sin sacrificar al país. Y no haya cuidado entonces de que la lucha dure mucho: el día que los carlistas, con careta ó sin ella, vean que tienen que pagar los vidrios que rompan, no romperán más vidrios.

Hay hombres que sufren resignados y hasta orgullosos la cárcel, el presidio, el destierro; padecer personalmente por una causa política, se considera hasta una gloria. Pero tóqueseles al bolsillo, embárgueseles sus bienes, vean pasar sus fincas á otros, á sus enemigos quizá, y ¡adiós valor, idea del sacrificio, abnegaciones!... Los leones se vuelven corderos. Dar la vida, bien; pero el dinero?... ¡oh! esto es superior á las fuerzas humanas... ¡Verse desposeídos, pobres!... No hay convicción que resista á tan desoladora idea.

¿No se hace nada de esto que digo? ¿Se prolonga la guerra durante dos meses? ¿El pueblo no se decide por fin á acabar con los carlistas, sus cómplices y auxiliares? Pues, caballeros, á morir. No; á algo peor aún: á soportar la vergüenza de una intervención que bore hasta el nombre de España del mapa. Y obrarán perfectísimamente las naciones que tal hagan.

Pueblo que retrocede á la edad media en lo religioso; que no se sacrifica por la patria ni le importa nada de la libertad; pueblo sin vida económica, que pierde en rezar el tiempo que roba al trabajo (casi todo su tiempo), y que no lleva ni un grano de arena al edificio de la civilización; pueblo de mendigos, de estetas y ladrones, ¿qué derecho tiene á ser independiente?

No creo que demos lugar á la intervención, porque ahogaremos la guerra al nacer; pero si me equivocaré; si esta que yo juzgo última prueba nos saliese como tantas otras; si en los ocho primeros días de echarse al campo los carlistas no hubiéramos tenido un arranque decisivo, que vengan, no ya los yanquis, ni los ingleses, ni los franceses, ni los alemanes; que vengan los moros del Riff y se despierran por España; que nos dominen, ya que humillarnos les sea imposible; y a ver si á la vuelta de un cuarto de siglo de ser suyas nuestras mujeres, surge una raza viril que reanude la historia de este pueblo en la página que nuestro robojamiento y nuestra cobardía la han interrumpido.

Por todo lo expuesto, yo ansio que los carlistas comiencen la guerra, para saber si queda algo aquí todavía, ó para saborear de antemano la gloria, (que por tal la tendremos) de que vengan los extranjeros á tratarnos á puntapiés, si es que hasta esto no les parece demasiada honra para nosotros.

## Lo que puede una cabeza

Muchos de los hombres que hoy son jóvenes no saben con exactitud cómo se hizo la revolución que fué llamada silenciosa; y hoy lo cuento porque los años transcurridos han borrado las pasiones que pudieran juzgarla injustamente.

En 1899, y después de la desastrosa política fusionista, que acabó con nuestras Colonias y con nuestros prestigios legendarios, y que mató la libertad en manos de los liberales, subió al poder don Francisco Silvela, que poseía las dos raras virtudes de ser instruido y de ser honrado.

El ministerio de la Gobernación (que fué suprimido en cuanto se empezó la gobernación del Estado) se hallaba al promedio de la actual plaza de España, y tenía un largo balcón central, y en él una asta donde se izaba algunos días la bandera española, y no siempre con oportunidad bien discreta. Pues una mañana, y en aquella asta, apareció colgada la cabeza de un hombre. Y por delante de ella pasaron todos los vecinos de Madrid, contemplando silenciosamente el triste despojo de una vida envuelto en fúnebres despojos.

Atribuyéronse al muerto los nombres de casi todos los sujetos conocidos de público; y, al terminar aquel día, habían huido de España todos los militares cobardes; los jueces prevaricadores; los ladrones, desde el ratero al exministro; los irreligiosos, desde el ignorante que todo lo niega, hasta el prelado que todo lo explota; todos los judíos y todas las alcahuetas y todos los holgazanes. Y cuando, pasado el tercer día—según fueron requeridos—no se presentaron, y el Estado se apoderó de empleos, regalías y comercios y palacios y contratos de la codicia, abrió Silvela su primer legislación, pronunciando aquel celebre discurso que empezaba así:

«Desde que el ser responsable es la viril condición de los españoles...»

A la mañana siguiente desapareció la es-

patosa cabeza de un hombre desconocido y que no fué víctima de ningún atropello. La curiosidad pública buscó, con terquedades de mujer, y durante algunos años, quién había sido aquel hombre; pero tantos españoles eran extranjeros en su patria, que nunca se supo de quién era aquella cabeza que, estando muerta, hizo lo que nunca pudo hacer en España ninguna cabeza viva.

SILVERIO LANZA.

## Innovación urgente

Puesto que la España del valor ha desaparecido, propongo que se borre del escudo nacional el león que lo simbolizaba.

El toisón puede dejarse, porque el cordero representa bien lo que hoy somos

## ¿Que no hay dinero?

Descripción de las riquezas que lleva encima la virgen del Carmen que tiene en su oratorio la marquesa de Linares:

«Ostenta un manto bordado de oro, semejante á los más ricos que luce la Virgen del Pilar de Zaragoza, y ofrece la particularidad de que la marquesa ha prendido entre los bordados unas perlas de purísimo oriente que tienen el tamaño de gruesas avellanas.

Componen la corona grandes esmeraldas y brillantes, y en su centro se destaca un brillante enorme. Los pendientes están formados por esmeraldas también, y completan tan suntuoso atavío, entre otra docena de joyas, un collar de gruesos brillantes y otras esmeraldas igualmente magníficas.

Una señora, entendida en piedras preciosas, calcula que no valdrá menos de dos millones de pesetas las que esta imagen luce.

En el centro del altar aparece un Niño Jesús, de talla, adornado con dos collares de hermosas perlas.

Hay también en la capilla, como objeto de especial devoción, otro Niño Jesús, imagen que le fué regalada á la marquesa por una comunidad de monjas, á cuyo convento había hecho cuantiosos donativos. Está colocado en una preciosa cuna, entre suaves y blancas plumas de avestruz y delicados encajes de Alençon; lleva sobre su frente una estrella de brillantes simbolizando la que guió á los Reyes Magos, y otras diez ó doce alhajas de extraordinario valor.

Los que lloran de hambre, lean esa descripción y se consolarán.

## ¿Y los poetas?

¿Dónde están? Qué se han hecho? Desde cuándo hay sangrientos combates en el mundo sin que una musa varonil y fuerte lllore derrotas y proclame triunfos?

Aquí buscan elogios de la prensa que traigan luego devoción del vulgo, centenares de ingenios soberanos, indiscutibles, mágicos, profundos...

Y la patria, perdida, se desangra rota la espada en el crispado puño, y ni un grito de angustia y de coraje, ni una dura protesta del insulto arrancan á las líras españolas los soldados hambrientos y desnudos, ni el cinismo brutal del atropello, ni la nación que se hunde en el sepulcro!

¡Ah, nuestros vates! Los que en frases huecas cantan lo sustancial y lo menudo, amores mentirosos, celos falsos, mejillas frescas y cabellos rubios, no hallaron en la guerra los aceros broncos, viriles, estridentes, rudos, ni han sabido encontrar en los desastres el llanto amargo del dolor angustioso...

Cuando oigáis que los geógrafos se disputan con sus estrofas el aplauso público y hay quien los llama grandes y sublimes... reíos. Es mentira. No hay ninguno.

SINESIO DELGADO

## ¡EX TERMINIO!

Los carlistas se reúnen ya oficialmente á comer y brindar por su rey. ¿Qué gobierno es este que se lo tolera?

Al banquete de los Viveros asistieron militares y curas, y ni los primeros están presos en San Francisco, ni los segundos en la Cárcel Modelo. ¿Se desea acaso que estalle la guerra civil?

Pero ya que el gobierno nada hace contra los carlistas, hagámoslo nosotros, predicando desde ahora la guerra de exterminio, y preparémonos para aplicársela en cuanto ellos la inicien.

Doloroso es predicar dentro de una nación el exterminio; ¡pero no lo es más vivir perpetuamente bajo la amenaza de una guerra hecha por hombres que lo predicán y lo practican diezmando nuestra juventud, talando nuestros campos, incendiando nuestras ciudades, agotando nuestras riquezas, fruto del trabajo de tantas generaciones?

Filántropos de todos los partidos; tomad una balanza, poned en un platillo cuantas ventajas atribuíis al pasado, á la tradición, y en el otro los huesos de nuestros padres y hermanos muertos en

este siglo por los enemigos de toda libertad y todo progreso, y veréis cómo pesan más esos huesos sagrados.

Basta ya de contemplaciones que se atribuyen al miedo, de respetos que se califican de impotencia. La clemencia con ellos, el perdón, las repetidas amnistías, los convenios, han sido considerados por los carlistas como muestras de debilidad; la generosidad de la nación y de sus gobiernos, como signos de temor.

Preguntad á las madres, á las hijas, á las esposas de los que perecieron en la última guerra, si es posible tener piedad; y á los que tienen hijos, madres ó esposas amenazados por el carlismo, si no es preferible acabar de una vez con esos criminales, por todos los medios, cueste lo que cueste, y matar en estado de canuto la langosta de la tercera guerra civil, ya que por torpezas, cobardías ó transigencias punibles se han dejado siempre vivos sus gérmenes y por eso se ha reproducido.

Y veréis cómo os contestan que hay que acabar de una vez, para no estar perpetuamente expuestos á esos horrores que desangran y arruinan á la patria.

Poco ó nada me preocuparía del carlismo, si los liberales cumpliésemos con nuestro deber. Pero al ver que ni estimamos la libertad que tantos sacrificios costó á nuestros padres legarnos, ni sentimos hacia la reacción el odio santo que inspirarnos debiera la memoria de sus innumerables víctimas, confieso que es mi preocupación constante.

Y esto de la guerra de exterminio no es idea exclusivamente mía, sino de cuantos aman de veras la libertad. El 19 de Marzo de 1874 escribió sobre esto *El Imparcial*:

«Si, una guerra de exterminio; la nación abriga en su seno una víbora y hay que aplastarle la cabeza.

Francia aplastó la cabeza del reptil que desentrosaba sus anillos por la Vendée y la Bretaña y amenazaba morder el corazón mismo del país. Y donde entonces la Vendée y la Bretaña, guardada un tiempo del legitimismo, como aquí lo son del carlismo las provincias vasco navarras, quedaron completamente pacificadas.

Es preciso acabar de una vez, y que nuestros hijos, después de oír en sus primeros años la narración de la guerra civil que de nuevo ha encendido el fanatismo, no tengan más adelante que verse empeñados en otra lucha y presenciar otras ruinas y otro derramamiento de sangre.»

La primera guerra civil terminó en España con un convenio el 31 de Agosto de 1839, aunque la víbora siguió mordiendo hasta el 6 de Julio de 1840, en que Cabre ra entró en Francia. La cabeza no quedó aplastada, y se la vió aparecer en 1848 en otra lucha sangrienta, y después en San Carlos de la Rápita mientras el ejército de la nación peleaba en las costas de Africa, y de cinco años á esta parte las bandas carlistas han invadido varias provincias, cometiendo todo género de depredaciones y de salvajes hazañas, hasta que, tomando cuerpo en las montañas de Vizcaya y de Navarra, la acción de Oroquieta y otro nuevo convenio pareció como que ponía término á la guerra civil. Clemencia generosa con la que se les trataba como á hermanos extraviados, convidándoles á gozar todos unidos de las dulzuras de la paz. El tiempo ha desvanecido aquellas nobles esperanzas. El país se ha sentido de nuevo mordido por el reptil del absolutismo, que se recogerá á su guarida para acechar eternamente una nueva ocasión, mientras su cabeza no quede deshecha y su tronco cortado en menudos pedazos.

España ha dejado repetidas veces con vida al reptil absolutista, permitiéndole abrigarse en su seno y que al calor de su pecho acochase siempre la ocasión de morderle en el corazón.

Hay que terminar de una vez. Todos los esfuerzos, todos los recursos, todos los sacrificios que el país se imponga, estarán bien empleados para ello. Guerra sin tregua, guerra de exterminio al carlismo. Con cuarenta años de intervalo, los mismos valles, las mismas montañas vasco navarras oyen los gritos de guerra de ¡viva don Carlos! por un lado; ¡viva España! ¡viva la libertad! por otro.

Que sea esta la última vez que el estruendo del combate y los ayes de los heridos se oigan en aquel nido del carlismo, en aquellas provincias que son una constante amenaza para el resto de la nación, porque ellas son el nervio de la guerra; y terminada que sea en aquella guarida, bien pronto desaparecerá del resto de las provincias. Si el país quiere que desaparezca para siempre de nuestro suelo ese cáncer de la guerra civil; si no quiere que después de la actual nos veamos empeñados en otra, vuelva la vista á lo pasado, vea lo que ha sucedido en nuestra España, vea lo que sucedió en la Vendée y la Bretaña, compare, y grite con resolución: ¡guerra de exterminio al carlismo, para poder entregarse después con tranquilidad y confianza á los trabajos de la paz y á la reconstitución del país!

Esos renglones son ahora de más oportu-

unidad que cuando se escribieron, por las especialísimas condiciones en que hoy está colocada España. Por esto los reproduzco, los hago míos, los aplaudo, y deseo que todos los liberales se penetren de que es preciso llevar á la práctica lo que indican en cuanto el reptil carlista levante la cabeza.

## Y dice "El País,"

«¿Sabe el gobierno, saben las autoridades eclesiásticas si en el banquete carlista de los Viveros tomaron parte algunos curas? Si allí los hubo, seguramente serían Francisco Hernando Bocos, párroco de San Lorenzo y *extrabucare*; Antonio Sánchez Barrios, párroco de San Jerónimo y excomisionado de cruzada, capellán castrense de la facción; Berdinos, párroco del barrio de Salamanca; Juan Climaco Plaza, de San Justo (Maravillas); Ballesteros, de San Marcos; Pavia, de San Sebastián; Ruiz Cánovas, de los Dolores; Casanova, de la Catedral; Pelayo, de Santa Cruz; los canónigos Alcolea, secretario del obispo de Madrid; Loredó, Secretario particular del mismo; Zafrañed, antes integrista; Torres Aensio, ídem, fiscal de la Rota; Anaya, nuevo rector de San Francisco; González Reyes, cura de Majadahonda; Fernández Balsalobre, cura de Mazarrón, de donde tuvo que salir muy de prisa, y aquí predicador del carlismo como Anaya y Reyes, é instrumento del secretario Alcolea; Berges, teniente de San José; Marqués, ecónomo de San Ildefonso; quizás algún capellán de honor, honorario ó efectivo, que de todo hay entre los curas carecundas, y otros menos conocidos.

Anoten los liberales todos estos nombres por lo que pudiera ocurrir; conviene que nos vayamos conociendo.»

Lo de los nombres no basta; es preciso saber dónde viven, estar al cuidado por si se mudan, y hacerse con sus fotografías para que, llegado el momento, no paguen justos por pecadores.

Supongo que la policía, á pesar de hallarse á su frente el excarlismo Morera, sabrá ya dónde viven esos caballeros y todos sus excomulgados de algún viso, para echarles mano (no para avisarles); pero no estará demás que el público lo sepa también, para los efectos de una buena campaña de opinión.

## Siempre los mismos

A los que nos hablan de que el régimen político cristiano no ha cerrado nunca á los pueblos las puertas del progreso, voy á contestarles con la pragmática expedida en Aranjuez el 22 de Noviembre de 1559, tomándola de la *Historia Universal* de Ortega y Rubio, tomo II, página 116:

«...Por lo cual mandamos que de aquí en adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condición y calidad que sean, eclesiásticos ó seculares, frailes ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ir, salir destos reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni estar, ni residir en Universidades, ni estudios, ni colejos fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuviere y residieren en las tales Universidades, estudios ó colejos, se salgan y no estén más en ellos dentro de cuatro meses después de la data y publicación desta nuestra carta; y que las personas que contra lo contenido y mandado en esta nuestra carta fueren y salieren á estudiar y aprender, enseñar, leer, residir ó estar en las dichas Universidades, estudios ó colejos fuera destos reinos; ó los que estando ya en ellos, y no salieren y fueren y partieren dentro del dicho tiempo, sin tornar, ni volver á ellos, siendo eclesiásticos, frailes ó clérigos de cualquier estado y dignidad y condición que sean, sean habidos por extraños y ajenos destos reinos, y pierdan y les sean tomadas las temporalidades que en ellos tuviere; y los legos cayán y incurran en pena de perdimiento de todos sus bienes y destierro perpetuo destos reinos...»

Es gente la clerical que no varía; como pensaba en 1559 piensa hoy; nada de estudiar, nada de ilustrarse; mientras más bruto sea el hombre, más apto para ser explotado.

Dios es la suprema sabiduría, pero el hombre, hecho á su imagen y semejanza mientras más animal resulta más perfecto.

¡Ateme usted esa mosca por el rabal!

## Ahora ó nunca

Cánticos en los templos; ayes de angustias fuera...

Seda, terciopelo y joyas en los sucesores de los apóstoles; harapos en los hijos del pueblo...

Conventos é iglesias alzándose por todas partes; trastos en la calle por desahucio de boardillas...

Repatriados y lisiados de la guerra pidiendo limosna; anuncios de fastuosas é incasantes fiestas religiosas...

Las madres españolas que han perdido sus hijos en la manigua, interrumpiendo su llanto para rezar por ellos; el clero cobrando al celebrar misas y rogativas por los hijos de esas madres...



Los ricos al morir testando en favor de las órdenes religiosas; los pobres cruzados de brazos, sin trabajo y sin comer.

Que ocasión esta para el clero, si comprendiera sus verdaderos intereses! Sin salirse un punto de su misión, antes bien rindiendo culto a su deber, podría dar un golpe terrible a la impiedad, ahorrarse siglos de propaganda, llevar el convencimiento a todos los espíritus, hacer que se elevasen al cielo todos los corazones.

Si los obispos dijeran: «Renunciemos a nuestros palacios, a nuestras joyas, a nuestro fausto y a nuestros lujos vestidos. Mientras nuestros hermanos padecen hambre, y la nación entera gima bajo abrumadores impuestos, nosotros volveremos a ser lo que fueron los primeros obispos y a vivir como vivieron; morada modesta, vestidura severa, alimento frugal. Todo lo que no sea preciso para hacer esta vida, lo destinaremos a aliviar las necesidades de la patria y excitaremos a los fieles para que nos ayuden en nombre de Dios.»

Y si los clérigos dijeran: «No por consagrarse en cálices de metal pierde su eficacia la sangre de Cristo; no por arder en lámpara pobre luce menos la llama del santuario; lo mismo sube el humo del incienso a la altura quemándose en receptáculo de cobre que de oro; igual baja Dios a nuestras manos llevando rica que humilde casulla; véndase, pues, todo eso, y conviértase en pan para el niño, en vestido para la mujer, en alegría para el anciano; que a la pena por la muerte del ser querido no vayan unidas las angustias de la miseria; que no se crean los infelices abandonados del cielo y de la tierra, y que sean de ternura, no de desesperación, las lágrimas que derramen. Esas portentosas joyas que las imágenes ostentan, dedíquense desde hoy a pagar la deuda que la nación ha contraído para mandar a las colonias a aquellos hombres bravos que al grito de España abandonaron esta tierra querida, dejando en ella recuerdos, esperanzas y amor, y a ese mismo grito regaron con su sangre aquella otra tierra, propia por estar empedrada de huesos de compatriotas, extraña por lo contrario y dura que siempre fué para nosotros, y por estar ya en otras manos. Esas soberbias cruces, símbolos de redención, que rediman de la esclavitud de la miseria a los pobres, siempre dispuestos a ofrecer su vida en el altar de la patria; y esas coronas de valor fabulosas, que sirvan para levantar las frentes abatidas por el infortunio. Y si después de vender cuanto el templo encierra quedasen desgracias por remediar, nosotros saldremos con la autoridad del ejemplo a pedir de puerta en puerta pan para el hambriento, abrigo para el desnudo, consuelos para el desesperado.»

¡Oh! Si así hablaran los obispos y hablaran así los clérigos, siguiendo la acción a sus palabras, no sólo estarían dentro de la doctrina, sino que habrían matado para siempre la impiedad en España. ¿Quién osaría tomar a los obispos como ejemplo a la nación, bre de un solo individuo del sacerdocio, viendo el altar cubierto con paños blancos y a las imágenes sin joyas?

¡Habrá, por otra parte, nada más conmovedor ni más hermoso que ver al pueblo todo arrodillado en el templo, devolviendo en fe los tesoros desaparecidos en su provecho, elevando al cielo plegarias que semejarían himnos, derramando lágrimas que brillarían más puras que las piedras más limpias? Y si a falta de incienso inundaban el templo los perfumes de la gratitud, y a falta de órgano resonaban las dulces notas que el amor arranca al pecho de las madres, qué mayor premio para los que hubieran dado tan sublime muestra de las excelencias de su doctrina? ¿Qué argumentos podrían hacerse entonces contra unos hombres que interpretaban de tan elevada manera las máximas que la virtud de la caridad inspiró al fundador de su religión?

Lo repito; si tal hiciera el sacerdocio en estos instantes, fundiría en uno todos los corazones; pero si no, ya pueden escribir pastorales a diario todos los obispos, y los frailes predicar, y los curas hacer rogativas, y los beatos llenar los templos, y la prensa católica tronar contra la impiedad; sobre todo lo que digan y sobre todo lo que hagan se destacará este hecho cruel, escarnido:

«En tanto que España mandaba a morir sus soldados a la manigua, el clero acaparaba riquezas; y luego, perdidas ya las colonias, mientras los hijos, los padres y las esposas de los que allí murieron pasaban aquí hambre y sed de justicia, y la nación desesperada buscaba por todos los caminos su redención, los templos del que no tenía ni una piedra donde reclinarse su cabeza estaban llenos de oro, y sus servidores cobraban las preces que esas infelices familias les pedían que entonasen para que Dios salvara las almas de aquellos pedazos de su corazón.»

José NAKENS

¡Cielos! ¿Qué va a pa-ar aquí? ¿Pues no se trabaja los domingos y fiestas de guardar en el ministerio de Polavieja?

En uso de nuestras indiscutibles atribuciones, Nos, fray Morín, excomulgamos a ese general y a cuantos acatan sus órdenes.

Sintiendo únicamente que nuestra excomunión les produzca el mismo efecto que a Nos, las de los obispos. Es decir, ninguno.

Porque en este caso más nos valía a Nos emplear el tiempo en cosa de más provecho que echár-ela. Pero, en fin, allí va, a salga lo que saliere.

Polavieja: quedas excomulgado por Nos.

## Predicar con el ejemplo

Señor ministro de Gracia y Justicia.

Las monjas, por cobrar la pesetilla diaria que les asignó el Estado en 1839, venían suponiendo que existían las pensionistas que fallecieron treinta años há; los obispos consentían el engaño haciéndose cómplices con su silencio de un robo manifiesto, y lo mismo les pasaba a los ministros de Gracia y Justicia, que lo sabían y no lo remedaban.

La estafa se extendía, es decir, se extendía a los cantores, organistas, sacristanes y capellanes; ordinariamente están vacantes la mitad del tiempo las plazas de los primeros, la mayor parte de los conventos de las localidades pequeñas no tienen sacristán, y donde hay catedral cada canónigo es capellán de una comunidad religiosa figurando otro cura en nómina.

Sin ir más lejos, aquí en Madrid son infinitos los casos; entre otros se encuentran el capellán de las Comendadoras, don Isidro Esteche, penitenciario de la Catedral de Madrid y antiguo paje de cola del padre Cos; don Manuel Menéndez y García de la Nava, auditor de la Rota, en el convento de Góngora; el señor Pérez Juana, canónigo de esta Catedral, en el convento de las Magdalenas, calle de Hortaleza; otro prebendado en las Carboneras, otro en la Latina, y varios más en diferentes comunidades.

Entérese usted de todo esto, y pues blasona de justo, comience a hacer justicia por su casa, ya que se llama hijo de la Iglesia.

## A los repatriados

Cincuenta duros de entrada y dos pesetas diarias ofrecen los carlistas a cada repatriado que quiera empuñar el fusil el día que se lo indiquen. Para sujetarlos y comprometerlos, les hacen entregar la licencia.

Esto se dice, mas yo no creo que los carlistas sean tan lilas ni que tengan tanto dinero. Por si me equivocase, aconsejo a los repatriados que no sean tontos y pillen esos duros, pues nada tan fácil como pedir otra copia del documento.

Aun cuando ni esto es indispensable. Cualquier notario les puede sacar una copia, que surte los mismos efectos legales; se presentan con el original, lo entregan, cobran los cincuenta duros, y aquí concluye el sainete.

Porque si un día les reclamaren el cumplimiento de su promesa de echarse al campo, pueden perfectamente excusarse solo con recordarnos que son buenos ciudadanos, y que viven en la ley de Dios: «El quinto no matar.»

Y que apelen los catequistas al tribunal de Poncio Pilatos.

## A CADA CUAL LO SUYO

Gran tumulto en Mérida en la procesión de la Soledad por empuñarse un polizonte catibolero en que dos fieles desojaran la acera. Sabazos, gritos, velos por el suelo, mujeres y curas baldas en cinta, la virgen tambaleándose en las andas y con peligro de caer... en fin, un espectáculo divino.

Y para que no se me crea por mi palabra impía, se la cedo a un ortodoxo periódico de la localidad: «Del incidente principal surgieron otros muchos, pues los cacos parece que se aprovecharon robando velos, mantones, joyas y velas, y los atrevidos pusieron sus manos pectorales en las formas vivas de algunas hermosas hijas de María. Todo se profana en este mundo! No hay lugar ni cuerpo respetable para los calaveras impíos!»

De una afirmación ha de protestar; la de que los calaveras impíos tocasen a las Hijas de María.

Y no porque me parezca de mal gusto la faena, sino porque suelen ser mejor educados; y además porque, si realmente fuesen impíos, no hubieran acudido a las fiestas religiosas.

Conste, pues, que eran religiosos, y muy religiosos los que se permitieron ese lujo de atrevimiento, y de la misma promoción que los cacos que pescaron en procesión revuelta.

## La última tentación de San Antonio

El solitario iba a cerrar sus ojos, cuando una forma humana se irguió ante él. Era la Virgen María. Una túnica luminosa descendía púdica hasta sus pies, y ceñía su cabeza una refulgente aureola de oro.

Se arrojó sobre su estera ante la radiante aparición, y oró largo tiempo con la frente inclinada hacia la tierra. Pero al levantar la cabeza no vio ante sí más que una mujer desnuda. Una abundante cabellera rubia flotaba alrededor de sus sienes y se deslizaba como un torrente sobre sus hombros. El puro matiz de las azucenas inundaba todo su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos. Dos rosas florecían sobre su pecho, un tanto encendidas, y todo su ser despedía divina claridad. Miraba a Antonio sin hablar ni sonreír, viva como una llama y muda como una estatua.

«¿Qué me quieres?» preguntó él brutalmente. Aun permanecía arrodillado. La magnífica criatura abrió sus brazos como para llamarle, pero sus labios no se movieron.

«¡Vete de ahí! gritó él. ¡Vete, execrable poderumbra, vaso de inmundicias, esccremento de Dios, que te creó en un día de desacierto! Todos los perfumes de la tierra no disiparán el olor de bestia que existe en ti; veo la garra del demonio bajo tu pie. El que sopla el azufre del infierno; él quien sopla la mentira y la lujuria por tu boca. Tienes el infierno en tus ijaras, temblorosas como los de las perras; en tu vientre, donde ha dejado su estigma impuro; en tus pechos voluptuosos, que quisiera ver secos para siempre. ¡Vete! Todo cuanto proviene de ti es ilusorio y vano.»

La incomprensible aparición no se movió. El asceta se tendió de nuevo sobre su estera, volviendo la cabeza hacia la pared para no verla, pero la pared se hizo de pronto transparente y reflejó la imagen de la joven. Quiso arrojarla fuera, pero temió pecar tocándola y no realizó su intento.

Al notar que bajo la línea suave de sus cejas sus ojos tenían tranquila dulzura como el brillo de las estrellas en el cristal de las fuentes, creyó reconocerla, y exclamó:

«¿Por qué no has envejecido? Eres tú, ¿verdad? Si, tú eres la que veía en mi juventud corriendo con las compañeras de tu edad. Yo te miraba al pasar, y largo tiempo después de haberme alejado, te oía reír. ¡Ah! Tuve hasta el secreto deseo de tomarte por esposa. Te reconozco. ¿Por qué no has envejecido? Los frutos de tu amor dan la muerte y eres la eterna perdición. Tus miradas, no obstante, tienen la misma viveza, y tu piel es siempre semilla sabrosa y fresca como las frutas silvestres de primavera. ¡Oh! Déjame. Mi barba no tiene mas que hilos blancos, mi sangre late fría bajo mis venas, y tu imagen, después de treinta años, no me tienta ya, porque me he despojado de todas las miserias de los hombres. ¡Vete! Rogaré por ti, hermana mía.»

Al acabar de pronunciar las palabras «hermana mía», tuvo el presentimiento de que había pecado, y que su enternecimiento era una falta. No estaba en estado de gracia, puesto que aquellos lejanos y despreciables recuerdos le asaltaban.

Cogió la cuerda que sostenía el cilicio alrededor de sus riñones, y se flageló rápidamente. Después cayó nuevamente de rodillas elevando su alma a Dios. Pero aun con la frente prosternada hacia el suelo, y por más ardiente que era su invocación, volvía a ver la espléndida imagen. Bajó los párpados y la vio aún. La triste choza estaba como iluminada.

«¿Dios mío! exclamó el santo. —Esta es la que yo quise para mujer. Me he destruido el corazón, he vivido en el desierto, he renunciado a la suave almohada de su garganta para colocar mi cabeza en los guijarros del desierto; pero soy su cómplice, puesto que mi espíritu permite que vuelva a mi memoria, y tu servidor acepta la irremitible condenación, solamente por haberla reconocido. Pero ¿quitala ahora de mi presencia, y yo ayunaré cuarenta días y durante esos cuarenta días no dormiré.»

Se levantó; ella no había cambiado de sitio. Comprendió él que el Señor le abandonaba a su propia cordura, quiso flagelarse otra vez, pero vio que ella se sonreía. Entonces la cólera le cegó, y fué hacia la hembra y levantó su cuerda, que silbó en el aire y cayó sobre la tentadora.

Creía que ésta iba a desaparecer, pero no hizo un sólo movimiento. Antonio vio dos lágrimas rodar por sus mejillas, y como su brazo volvió a caer de nuevo sobre ella, pudo comprobar que no estaba desnuda. Su túnica luminosa caía sin un pliegue desde sus espaldas a sus pies.

Pensó que acababa de agravar su falta, y, por un extraño milagro, aunque ella no había despegado sus labios, la oía hablar distintamente.

«No, no he envejecido —decía—. La vida se desliza y yo estoy siempre bella. No son los frutos de mi amor los que dan la muerte, sino las doctrinas del Dios a quien ruegas.»

«¡Tú blasfemas! —pensó el santo. —El Creador me ha hecho a tu semejanza— prosiguió ella. —He sufrido como tú en mi corazón inquieto y en mi lastimada carne. Yo también he querido matar en mí el deseo, mas Dios no lo ha querido, puesto que no me ha ayudado. Soy más poderosa que él; soy la ley de amor que pone en marcha los astros y que mañana puede hacer florecer en este desierto una inmensa selva viviente. ¡Ven! Te daré la tranquila alegría, te curaré de tus dudas, mi carne es un mar de olvido. Te conduciré a las soberbias ciudades donde los sabios te enseñarán que no hay nada sobre mí, en quien nace y muere la causa del mundo.»

«¡Impía! ¡sacrilega! ¡maldita! —vociferó Antonio, y se levantó. —La mujer está siempre inmóvil, pero nueva- mente aparece desnuda. —La mujer con todas sus fuerzas.»

«¡Maldad! —gritaba;— no quiero la vida que tú das, y detesto la alegría que proviene de tus besos. Tengo sed de las infinitas dulzuras del paraíso, quiero beber en el torrente sagrado, y tú me ofreces el arroyo de cieno en que te revuelcas. ¡Vete, putrefacción, inmundicia de Satanás!»

La cuerda giró otra vez, cayó, se levantó y volvió a caer de nuevo. «Por qué me negarías —parecía decir ella— si yo no fuese más fuerte que tú?»

Habiéndola mirado él, notó que estaba toda magullada y que lloraba. La cuerda se escapó de su mano entreabierta, y cuando iba a ponerse de nuevo a orar, pudo ver las llagas que su cólera había hecho extenderse y abrirse en una mística floración de rosas.

Estaba ella completamente cubierta como con un suntuoso vestido de primavera, y a cada instante nacíanle otras rosas en todo el cuerpo.

«¡Ah! —dijo el santo desanimado—. Dios no me sostiene ya!»

Las rosas continuaban floreciendo. Había un mullido lecho bajo los pies de la doliente criatura. Entonces el solitario dudó amargamente, abrió su puerta, y salió.

Concluyó la noche. Un pesado silencio entró en el desierto, y ante él, en la inmensa llanura, no había otro testimonio de vida que el viento fresco que venía del mar próximo y que inclinaba al pasar las escasas hierbas colocadas entre las piedras secas ya por el sol.

J. T.

## Pensamiento desechado

Tanto menudean ya los casos en que agentes de policía se entienden con los ladrones en Madrid, que se me ha ocurrido proponer lo siguiente, velando por la moralidad y buscando la economía. Suprimir en absoluto los polizontes y recomendar a cada ciudadano, que aún no lo tenga, la compra de un revólver, para usarlo en los momentos de apuro.

¿Que no por esto se evitarán los robos? Indudable es; pero como los señores ladrones no tendrán que partir con nadie, disminuirán en una mitad por lo menos sus hazañas.

Unase a esta economía la que resultará de la supresión de sueldos, y dígame si no merece la pena de acometer la reforma...

Aquí llegaba, cuando una duda terrible detuvo mi pluma. ¿Y si parte de los cesantes se unieran con los ladrones?...

Nada, nada; que siga todo como está, no sea que por arreglarlo se eche a perder más aún.

Hoy todavía es posible andar relativamente tranquilo por la calle, sobre todo cuando regula el ciudadano su marcha al paso de una pareja de la guardia civil que vaya en la misma di-

rección. Pero en aquel caso ¿qué sería de nosotros?

Hay que andarse con mucho pulso en esto de acometer en España reformas que perjudiquen a los ladrones, cualquiera que sea su posición social.

## La Semana Santa

Se ha recordado estos días la muerte de Cristo. Cualquiera diría, en vista de la solemnidad con que se la conmemora, que Cristo reina en el corazón de todos los pueblos. Si Cristo es la paz, no reina en parte alguna. Truena el cañón británico contra las islas de Somoa, ensangrientan el suelo de Filipinas luchas sin piedad entre norteamericanos é indígenas, se reparten sin escrúpulo las naciones de Europa el territorio de China, todo son armas, todo vientos y soplos de guerra.

Predomina en todas partes el egoísmo y la discordia; mueven la ambición y la codicia así a los pueblos como a los individuos. Sigue la lucha de clases y no hay esperanza de que se eiegne el foso que las separa. Con sangre se habrá de cegar.

No, Cristo no reina ni ha reinado jamás en el mundo. El cetro de caña que le pusieron en la mano para escarnecerle, ese es aún su único cetro. Se le honra, se le dirige preces, se le besa los pies, se le adora; pero no se le obedece. Sus propios sacerdotes turcen el sentido de sus palabras para que parezca que en ellas se inspiran. Harto saben que no guardan ninguno de sus preceptos. Hasta la guerra predicán si estalla entre dos naciones igualmente cristianas; en las dos oran, no por la paz, sino porque triunfen las armas de la nación a que pertenecen. De la caridad, del amor, han perdido hasta la idea. Son los fariseos de que su Dios habló hasta con ira. Si a la tierra volviera los arrojaría del templo.

Están las religiones todas reducidas a ceremonias y fórmulas; aún éstas se las desvirtúa. ¿Qué es más que una vana ceremonia el lavatorio de los pies de unos pobres por un rey ó el Papa? Cristo lavó los pies de sus apóstoles después de la cena; aquí después de haber lavado los pies a los pobres se les da una comida opípara para que en sus casas se regalen ó la vendan. ¿En qué capítulo ó en qué versículo del Evangelio tiene su fundamento ese acto de munificencia?

Pierden su primer sentido aun las más claras oraciones. De la oración dominical se ha hecho una especie de fórmula mágica contra todas las calamidades y para todas las venturas. Se la repite una y mil veces, y a fuerza de repetirla se la reza maquinalmente y sin fijarse en lo que significa. De la mayor parte de las fórmulas ignoran los creyentes de todas las religiones el sentido que encierran...

No, no reina Cristo; sus palabras son para los mismos cristianos letra muerta.

F. PI Y MARGALL

Por no haber echado a tiempo los frailes, hemos perdido el archipiélago filipino.

Por tenerlos aquí, hemos perdido la libertad, la vergüenza, y tendremos pronto una guerra civil.

¿No sería humanitario y hasta económico barrerlos como antes?

Si para esto hiciere falta un voto, cuéntese con el mío, aun cuando tenga que ahogar en mi pecho las horribles simpatías que los pobrecitos me inspiran.

## Sin esfuerzo

En estas columnas se ha dicho repetidas veces, que no va a la reacción la sociedad española, porque se halla dentro de ella.

Pruebas que corroboren esta afirmación se hallan por todas partes; y al estado en que se encuentra este pueblo ha llegado tan suavemente, que de ello no se da cuenta exacta, a pesar de que el retroceso ha sido de medio siglo.

El intré en unos, la moda en otros, han servido de alicata para preparar la obra que en los momentos actuales se completa, sin verse contenida en su desarrollo sino por muy vagas protestas.

Allá en los primeros tiempos de la restauración, cuando los frailes que fueron expulsados de Francia invadieron a España considerándola como tierra propicia para ser conquistada, los Rosarios de la Aurora y los sermones destemplados produjeron, en poblaciones tan cultas como Valencia y Barcelona, gravísimos desórdenes; luego, aquello mismo se ha visto y oído con aplauso por la mayoría, con sentimiento por unos pocos y con indiferencia por los demás; servía de distracción a las mujeres, y cada uno en su casa procura no llevarles la contraria, cuando el compiacerlas cuesta poco, aunque sea en apariencia.

La campaña contra todo lo que huele a liberal se ha recrudecido en los últimos meses de un modo alarmante, y nadie ha protestado de las demasías que algunos oradores sagrados han lanzado desde el púlpito ante auditorios compuestos por gentes del pueblo, como en San Andrés, y de lo más selecto de Madrid, como en San José.

En Santo Domingo de la Calzada, los individuos cuyos nombres figuran en la candidatura liberal para las próximas elecciones fueron objeto de las iras de un canónigo, el cual, desde el púlpito, se de-pachó a su gusto en términos tales, que los interesados, velando por su honra, se han visto en la necesidad de llevar ante los tribunales de justicia al energúmeno aquél que fué escuchado pacientemente por la muchedumbre en la catedral.

Aquí se descubrió un tráfico ilícito que con el dinero de misas se mantenía en distintas iglesias; se formó un proceso, que por esos juzgados va

dando trombos y sufriendo aplazamientos; hay un colector empapelado, y cuando se esperaba que sobre él recayera sentencia, uno de los periódicos que más alardean de ser paladines de la justicia y de la democracia, le ensalza llamándole joven y virtuoso, para dar la noticia de que ha sido nombrado rector de una capilla, por acuerdo unánime de la junta directiva de la misma.

El mismo periódico llena diariamente una columna en complicitad con las otras publicaciones religiosamente católicas; no por convicción, sino en la creencia de que así atiende mejor a sus intereses.

Una simple indicación del Gobernador civil ha bastado para que se cerraran en su mayoría los teatros de Madrid en Semana Santa, cosa que no se había visto ni aun en los tiempos de Isabel II, cuando la reacción dominaba con desenfreno inaudito.

Nada hay que pueda contener la avalancha, porque va empujada por los mismos que deberían levantar diques contra ella; y se verán cosas estupendas, así que este gobierno comience a llevar a la práctica sus designios.

Ahora se va tanteando el terreno; dentro de unos días, cuando llegue arriba la certidumbre de que los ánimos, en la gran masa social, están preparados para abominar de todo lo que lleva el nombre de progreso, las medidas más radicales se dictarán para que sean acatadas sin esfuerzo: las leyes fundamentales y las de relación sufrirán profundas modificaciones; la enseñanza será tan estrecha como en los tiempos de la casa de Austria, y llamarse liberal constituirá un delito nefando; todas las innovaciones de retroceso preparadas podrán implantarse, porque no habrá oposición para ellas, inbuida como se halla la juventud ni que aquello será lo mejor.

Luego, luego... vendrá lo que haya de venir. Y así va este pueblo avanzando un paso para dar veinte en retroceso, y así se le ve tan distante de los demás pueblos prósperos y cultos.

EL RESUMEN

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTIN a 10 céntimos, cargándoseles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## ¡Ya no hay mártires!

Estaban los fieles rezando fervorosamente en la iglesia de Paterna (Valencia) cuando oyóse un gran ruido.

Con ese desprecio a la vida que la religión infunde en los que están seguros de que la materia es barro vil, como el espíritu esencial sublime, comenzaron a gritar, a correr, a tropezar, a estroñarse, por ganar cuanto antes la puerta.

Varias mujeres, presa de violentos síncope, cayeron al suelo, siendo pisadas por los que huían; una de ellas y una niña quedaron muertas.

Varias lograron salvarse saliendo del templo casi desnudas a consecuencia de haberse destruido sus vestidos en las apreturas. Fueron muchas las que resultaron heridas, algunas de gravedad.

Averiguada después la causa de aquella gran tremolina, cayóse en la cuenta de que el ruido lo habían producido varios carros cargados de hierro que pasaron por la calle donde está situada la iglesia.

Tiempos aquellos en que los fieles desafiaban la muerte dentro y fuera de los edificios consagrados al culto, por la fe que tenían en la poderosa y segura intercesión de las imágenes que veneraban ¡con cuánta razón os echo de menos!

Hoy, el que parece víctima de un siniestro, de esa ó de cualquiera otra clase, es por que no puede pasar por otro punto.

¡Ya no hay héroes! ¡Ya no hay mártires! Lloremos nuestra degeneración cristiana.

«La nación más rica del mundo es España, porque hace un siglo que sus gobiernos tienen el propósito de arruinarla y no lo han conseguido todavía.»

Si Bismarck, el que pronunció esa frase, hubiera tardado un par de años más en morirse, habría visto que por fin los gobiernos de la restauración conseguían su propósito.

## La Iglesia se nos come

Desde la restauración acá se han levantado próximamente 500 edificios entre conventos, asilos de Hermanitas, y otros destinados a albergue de las gentes píasas que viven de la esgrima del sable.

Suponiendo que uno con otro sólo haya tenido de coste dos millones, con altares, santos y enseres necesarios al culto y a la comodidad de sus habitantes, nos encontramos con 1.000 millones de reales... fuera del bolsillo.

Calculando en una cantidad igual lo que han retirado, en una ú otra forma, de la circulación durante esos veinticinco años las Ordenes religiosas de machos y hembras, tendremos otros 1.000 millones... fuera del bolsillo.

Y estimando sólo en lo mismo lo que los jesuitas se han agenciado en captaciones, herencias, donaciones, tráficos, industrias, ecétera, etc., nos hallaremos con otros 1.000 millones... fuera del bolsillo.

En total, 3.000 millones de reales que, aplicados a dotar al ejército de lo necesario, a construir barcos y fabricar cañones, nos hubieran permitido defender y conservar las Colonias.



Y véase por dónde la permanencia en España de las Ordenes religiosas ha sido causa principalísima de la pérdida de las Colonias y de la ruina completa de la nación.

Antes de la desamortización, los curas y los frailes tenían miles de millones de pesetas en propiedades.

	Pesetas
Desde la desamortización acá, ha cobrado el presupuesto unos	2.500.000,000
Habría cobrado próximamente desde el 35 por derechos de todas clases.....	2.000.000,000
Nos habra hecho gastar en las dos guerras civiles que ha sostenido.....	2.000.000,000
El año corriente se llevará del presupuesto.....	40.000.000
<b>Total.....</b>	<b>6.540.000,000</b>

de pesetas, ó sean 26.160.000,000 de reales en sólo sesenta y cuatro años!

Y dígame imparcialmente para quién hemos trabajado los españoles en este medio siglo, y cuál es la causa principal de nuestra ruina, de nuestra miseria y de nuestro rebajamiento; y cómo hemos de tener ni industria, ni agricultura, ni comercio, ni marina, ni ejército, ni nada de lo que hace á las naciones prósperas, fuertes, respetadas y dignas, con esa sangría que nos tienen constantemente abierta los que en teoría desprecian los bienes terrenales y en la práctica los acaparan.

Aguinaldo pide por el rescate de ca la fraile cinco mil duros y por el obispo de Illo-ilo dos millones.

¿Y decían que era listo! ¿Qué ha de serlo?

Si lo fuera habría dado dinero porque le quitaran cuanto antes de encima aquella gente.

Aun cuando tal vez lo haga con el propósito de ver si ellos vomitan parte de lo mucho que se han tragado.

## EUSEBIO BLASCO

candidato socialista independiente, se propone, si los electores de Madrid le votan, ir á las Cortes, sin carácter político alguno, á pedir:

La jornada legal de ocho horas para todos los obreros.

Prohibición del trabajo de los niños. Seis horas de trabajo nada más para los de catorce á diez y ocho años.

Salario mínimo legal, fijado cada año por una Comisión obrera de acuerdo con los patronos y con arreglo á los precios de los artículos de primera necesidad. La vida es cada vez más cara, y los salarios y jornales tienen que ser proporcionados á los precios.

Salario igual para las mujeres que para los hombres. Es una injusticia absurda que la mujer gane menos que el hombre, cuando en muchos oficios trabaja más.

Prohibición del trabajo de las mujeres cuando sea perjudicial para su salud.

Creación de Cajas de socorros y de pensiones á los invalidos del trabajo.

Responsabilidad de los propietarios y patronos en los accidentes del trabajo, con fianza depositada para tal objeto.

Reforma de la ley de desahucio, que es la más cruel que se ha podido imaginar contra los obreros y los pobres.

Abolición de los impuestos que perju diguen á la clase trabajadora.

Mitad de precio en ferrocarriles, ómnibus y tranvías para los obreros, como existe en Francia y otros países.

Comedores escolares donde se dé alimento sano á los hijos de los trabajadores en el tiempo que dura el trabajo de los padres. Hay asilos para mendigos y vagos, y no hay comedores para los hijos del obrero.

Supresión del descuento á las empleadas y obreros de los ferrocarriles

Jurados mixtos para dirimir cuantas cuestiones puedan surgir entre el capital y el trabajo.

Pedir á las Cortes estas reformas sociales es obra cristiana y humanitaria, y ya es tiempo de que los pobres, los oprimidos y los explotados tengan un representante en el Parlamento, donde nadie se ocupa jamás de ellos.

En el partido socialista afiliado se expulsa al que trate con los partidos burgueses para lograr votos. Yo, excepto al gobierno, les pido votos á todos los partidos. En todos ellos habrá mucha gente convencida de que hay que ir con los tiempos, transigir con el proletariado, cada vez menos atendido, establecer una relación entre ricos y pobres, capitalistas y obreros, transigir antes de que éstos un día hagan la revolución social, que viene á toda prisa si los gobiernos no la atajan con leyes. Más valdría arreglarse, y que los que poseen recuerden las palabras del Cristo. «El que tenga dos túnicas, que dé una.»

Para esto hace falta, en el terreno legal, un intermediario, un representante, un hombre originario del pueblo, que sea en el Parlamento quien traduzca en hechos estas necesidades.

Eusebio Blasco pide sus votos á todos los hombres de buena voluntad. Esta no es una candidatura política, y el que la presenta no lleva á las Cortes sino propósitos humanitarios.

No fija carteles, ni nombra interventores, ni gasta dinero en la elección, porque no puede. Apela á la sinceridad del pueblo de Madrid y á la del gobierno, que se la ha prometido. Esta candidatura podrá votarla todos los que estén hartos de política y deseen que en el Congreso haya un hombre sin ambición y sin propósitos de medro personal, un trabajador, que sea el diputado de los pobres.»

## Crónica rural

Señor don José Nakens.

Querido amigo: Como á usted no le asustan las verdades, voy á decirle una cosa que nadie se atreve á decir, pero que es verdad.

Pues sabrá usted que aquí tenemos un maestro (tenemos más) y el gobierno le da por la escuela mil doscientas pesetas que son veinte duros al mes.

¡Oh, noble apóstol de la civilización! ¡Oh, mártir del obscurantismo! ¡Oh, famélico verbo del progreso! (Todo esto lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria, aunque algunas palabras no las entiendo.)

Pues además tiene trescientas pesetas para material, que no se las gasta, porque lo que hace es comerciar con todos los avíos de enseñar á los muchachos. (Y van mil quinientas.)

Y además tiene otras trescientas de compensaciones ó cosa así, que se las da el ayuntamiento, por lo que le habían de pagar los muchachos. (Y van mil ochocientas.)

Agregue usted otras trescientas pesetas de gratificación voluntaria que también le da el ayuntamiento, y que sube siempre que se cambia el gobierno, porque un maestro es liberal de Sagasta y el otro es conservador; y cuando viene gente nueva á ser de justicia pues le suben la gratificación al suyo, y cuando vienen los otros, pues se la suben al suyo también. (Y van dos mil y ciento.)

Y encima tiene, que cobra el antiguo cuarto del agua, que era un cuarto que daba cada muchacho todas las semanas por el agua que bebía, y ahora da un perro chico sin que al maestro le cueste el agua porque hay fuente en el patio de las escuelas, que todas están en un convento antiguo. Conque ciento quince perros chicos semanales hacen al año otras trescientas pesetas. (Y van dos mil cuatrocientas pesetas.)

Además el maestro despide á los chicos hora y media antes de lo que debiera hacerlo, y esa hora y media la emplea con veintitantos hijos de los ricos en una clase que él llama especial, y que sólo tiene de especial el que cada alumno paga un duro al mes, que son cien pesetas mensuales y mil doscientas anuales. (Y van tres mil seiscientas.)

Claro es que el maestro no paga casa, que le había de costar, sin ser ni por pienso como la que él tiene, ciento cincuenta pesetas al año. (Y van tres mil setecientas cincuenta.)

No quiero mentar lo de las lecciones que da á domicilio, ni lo de que se haya casado con una rica, negocio corriente en los maestros que siempre son preferidos á los gañanes.

Lo cierto es que este mártir ha estudiado muy poco, sabe mucho menos de lo que estudia, enseña muchísimo menos de lo que sabe, y cobra quince mil reales.

Y si no cobrase habría que decirle aquello que les dijo no sé quién á los maestros: «¿Quiénes sois vosotros, que aún no habéis educado una generación que os pague?»

Porque lo cierto es que aquí, como en todos los pueblos, somos muy pocos los que sabemos leer y escribir.

Y digo yo: ¿no sería mejor que los maestros trabajasen á destajo? Por cada chico que aprenda á leer un tanto; y que los gastos de la enseñanza los paguen entre todos los brutos.

En fin, yo no soy quién para arreglar esas cosas.

En otra carta le hablaré del verdadero maestro mártir; que aquí también tenemos una muestra.

Pero por hoy, que todo sea cerdo, como decía don Roque, el coadjutor, que después del jamón frito comía chorizos crudos.

Su servidor, que lo es,

EL SEÑOR FRASQUITO  
Valcalquier, Abril, 10 99.

## Lógica pura

«El Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, dice el Noticiero de Cartagena, ha publicado una real ord n, disponiendo que por el Parque de Artillería d esta plaza se faciliten 16 carabinas ó tercerolas á una comunidad de religiosos de Orihuela, pagando ésta, naturalmente, el importe de dichas armas.

¿Qué les parece á ustedes? ¿Tendrá malic á la cosa?»

¡Qué! compañero, qué! Lo que resulta la cosa es muy lógca.

Los soldados y los marinos, especialmente los últimos, iban á la guerra blindados de escapulario y medallas. ¿Qué más natural que á los frailes se les provca para la paz de armas y municiones? ¿No estamos en España, la nación de los viceversas?

## Textos cantan

Se escandalizan nuestros beatos de que EL MOTIN trate de moralizar al clero y hasta hay algunos que se permiten afirmar temerariamente que curas y frailes son modelo de virtudes.

En prueba de que bebo en buenas fuentes, citaré las palabras pronunciadas en el Congreso por el marqués de Pidal, en 1867:

«Y si se habla de los abusos de los órdenes religiosos, que me apresuro á reconocerlos, los he habido y grandes...»

«Las órdenes religiosas habían degenerado mucho en el siglo XVIII, y habían degenerado anteriormente en otros siglos. En España, yo no, pero

muchos señores diputados los han conocido, y ciertamente que por lo que hemos oído contar de muchos de sus individuos, no de ellos en general, porque por las palabras que he citado se podrá ver que no los hago responsables de los abusos individuales, éstos han sido muchos y de cierta clase, que justificaría, hasta cierto punto, esa preocupación, si todavía existiera.

Yo sé que en el clero regular como en el secular ha habido personas identificadas completamente con un régimen político; yo sé que algunos han predicado el exterminio y la discordia, y han profanado la cátedra del Espíritu Santo diciendo: «Santificad vuestras manos derramando sangre de liberales hasta la quinta generación.»

Quedan desmentidos por varón tan fervorosamente católico como el marqués de Pidal los que se empeñan en convencernos de que entre la clerecía y la frailería brillan en todo su esplendor las virtudes cristianas.

## SECCIÓN AMENA

¡QUANTUM MUTATUS AB ILLO!

¡A ver cuando mudas ese hi'ol  
(Traducción de un sastre de portal)

¡Qué escándalo! ¡Qué impiedad domina á las muchedumbres! ¡Qué perversion de costumbres hay en nuestra sociedad!

Desde la ignorante aldea á la ciudad populosa, la corriente irreligiosa de todo se enseñorea.

«Yo inocente en paz vivía» (esto es de Jugar con fuego.) con apacible sosiego en esta feligresía.

Llovíanme novenarios, septenas, triduos y preces, y me enronquecía á veces rezando tantos rosarios.

¿Misas? Ni las más precisas conseguía celebrar.

¡Si tenía que encargar á otros colegas mis misas!

¿Aceite? ¡Si era un deleite el contemplar mi aceite!

¡Y el producto de la cera superaba al del aceite!

¡Como en dinero nadaba allá cuando Dios quería!

Todo el mundo se moría, ó todo Dios se casaba.

Nunca de nenes rollizos la pila se encontró sola.

¡Lo que me daba la estola con tan frecuentes bautizos!

Hoy no hay bautizos ni entierros que produzcan un ardite: ó se casan de escondite, ó se mueren como perros.

Las campanas e-tán roncas ó mudas, mejor diría; mi sirvienta cada día me arma doscientas mil broncas;

porque aunque es dócil y buena, una santa, una bendita,

en cuanto falta la quita se pone como una hiena.

Ya no acuden los cristianos á los oficios divinos,

pero en cambio hay tres casinos ateo-republicanos.

No se pesca una novena que dé renombre y provecho; está casi de barbecho mi antes repleta alhacena.

¿Hay tormento mayor? Haile, y es el ver con amargura que el mezquino pan del cura viene á quitárselo el fraile.

No sé de dónde han salido tantos hábitos y mantos, tantos frailes, tantos, tantos como por aquí han caído.

Para ellos son los sermones que producen más dinero, y entre tanto el pobre clero se alimenta... de ilusiones.

Las misas, para mí hoy raras, tienen ellos por docenas, pero misas de esas buenas, quiero decir, de las caras.

¡Qué tiempo, aún no muy lejano, en que ni Isabel Segunda á esa gentecilla inmunda toleraba en suelo hispano!

El clero entonces vivía sin frauluna competencia, si no n fastuosa opulencia, en holgada medianía.

Hoy, si en arreglar me empeño mis cuentas á fin de mes, resulto con cada inglés del tamaño de un rifeño.

Por eso sudando el quilo continuamente cavilo sobre el pasado y presente, y prorrumpo amargamente: ¡Quantum mutatus ab illo!

UN CURA FILÓSOFO

La Virgen sorda

En uno de los hermosos pasajes que el gran Zola pinta en su novela Lourdes, dístase, con grandeza avasalladora, una pobre madre que lleva en sus brazos amorosos una niña tísica para presentársela á Nuestra Señora y que realice el milagro de devolverle la salud.

La ardorosa fe, la unión cristiana, el santo

amor maternal con que la señora Vincent se arroja en la misteriosa gruta de la Virgen milagreira, mueven á una piedad tan humana, tan empujantemente deliciosa, que sólo una roca dura puede permanecer impasible ante aquella pasión que tiene dentro de sí todo un mundo de grandes sentimientos.

¡Qué contraste más duro!

Arriba la efigie de la Reina de los cielos, alumbrada por millares de cirios y adornada con millones de ofrendas, llevadas allí por el interés de la superstición más estúpida, que gusta de pagar por adelantado el favor que ha de pedir, para obligar á que se la escuche.

Abajo la madre amorosa, con su niña casi muerta en los brazos, estrujándola contra su seno para prestarle la vida que le va faltando por momentos, de rodillas sobre el suelo, sin otra ofrenda que poder llevar al altar que su fe ardorosa y aquel cuerpo carente de calor que poco á poco va enfriándose, apesar de su llanto que lo baña y de sus besos que lo queman.

La pobre madre se revuelve como leona, y mira á la santa Virgen con ojos desecajados, no queriendo creer que sea tan dura de corazón, que Ella, que tantos milagros hace en el personal de las caravanas creyentes que van á postrarse á sus pies llevándole el oro y las riquezas del mundo católico, cierre los oídos y no la oiga, ¡á ella, que lleva más que todos: sus entrañas y su corazón, palpitan aún en aquella pobre carne enferma!

Muere la niña ante la Virgen, radiante de luz, esplendorosa...

Y entonces, la madre-leona se levanta airada y magestuosa, mira despreciativamente á la Reina de los cielos, y con su preciosa carga entre los brazos huye de aquella virgen sorda, y corre y corre á través de los campos fangosos, sin temor á las tinieblas del mundo ni á la tempestad de los cielos...

Como aquella madre desgraciada, la madre España, postrada también ante la virgen milagreira llamada Moralidad, tendrá que alzarse airada y huir por sus campos yermos, hasta dar de bruces con su carga preciosa en tumba que abra la piedad de un alma honrada y que alumbré el sol del trabajo.

Doña Moralidad es otra virgen sorda y milagreira á la que rinde culto la superstición en la persona de los más grandes bribones.

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Un comichecho que responde al nombre de García Ortega ha entregado al obispo de Santander las obras que él acostumbra á degollar en las tablas, para que le indique cuáles opina que debe representar.

Será otro como él, cualquier autor que le permita poner una obra suya en escena.

## Lo uno trae lo otro

Voy dudando que pueda regenerarse un país donde abundan tanto los estúpidos y los hipócritas que leen sin reírse ó tirar el papel, cosas parecidas á la que publicó EL Diario de Cádiz en su número del 10 de Marzo.

Recordaba el primer aniversario de la muerte de un matemático Martínez, y decía de él:

«Había nacido el eminente matemático desm-dado y raquítico, siendo castigada la pobre criatura con todos los males que acusan á la infancia. Una vez enfermó tan gravemente, que le dieron por muerto y le pusieron su mortajita blanca y le coronaron de flores.

Su contristado padre se acercó á darle el último beso y observó que las nubladas pupilas del infante se movían; esto le salvó la vida, y las vestiduras de la muerte fueron colocadas á un lado del altar de la virgen de los Dolores como piadosa ofrenda; pero el niño quedó sujeto á continuos accidentes.

A los cuatro años apenas sabía hablar ni acertaba á andar solo, y su madre, criatura sencilla y piadosa, le llevó una vez á la presencia de un santo capuchino que por aquellos días hacía una misión en San Fernando. Llevó la buena mujer, llena de fe á su niño ante el religioso, el que poniendo una mano sobre la cabeza del angelito, rezó y dió á la madre una piquenísima parte de papel en el que estaban escritas estas dos palabras: *Salus Infirmorum*.

Ordenó el beato que en la tisana que daban al niño, y en menudos trozos, echaran el papelito y se la dieran á beber.

Así lo ejecutó la madre, y el hijo fué creciendo y sanando al par de sus pasadas dolencias.

Agradecida á tan grande favor del cielo, la buena mujer hizo vestir al niño el hábito franciscano.

El mismo señor Martínez y Cano (q. g. g.) recordaba, cuando esto nos refería, cómo la gente le miraban y le apodaban el *fratlecito* al llevarle su madre á paseo por las calles de la ciudad hermosa.

En una región donde la prensa, respetable señora (en ocasiones prostituta) de la opinión, divulga tales paparruchas, nadie extrañará que ocurra esto:

La casa Domecq, de que se han apoderado en Jerez los jesuitas, y donde se administran santos en píldora para curar toda clase de males, y se cura la hidrofobia llevando á los atacados á beber agua en la calavera de un santo que existe en Sanlúcar, amenaza á los operarios para que no falten á misa, para que vayan al sermón, para que confiesen, para que acudan por las noches á San Ignacio, para que no lean más papeles que *La Lectura Popular*, revista cara de Orihuela, y los folletos carcatólicos de los jesuitas; se les obliga á que molesten á todos los individuos de su familia para que hagan lo mismo, so pena de perder la casa; se les prohíbe hablar con nadie que no sea católico; se les compele, cuando salen del trabajo, á oír disertaciones de los jesuitas; todo, sin duda, con el objeto de que se vayan preparando para echarse al campo cuando el *Chapa* lo ordene.

¡Y ande la regeneración!

Nuestros ilustrados compañeros en la prensa D. Melquíades J. Carriles, don

Rafael Pérez Argana y D. Antonio M. Cortés, redactores de *El Moralizador*, periódico de Ecija, denuncian desde la cárcel que han sido víctimas de un complot del caciquismo.

¿Y qué decirles? Que den gracias por no haberlos aun ahorcado, ya que el caciquismo es más omnipotente en estos tiempos del regenerador Silvela, que lo fué en otro alguno.

De la causa de su prisión no hay que hablar. ¿Periodistas? ¿Y en pueblo? ¿Y procesados? ¿Y en la cárcel en masa? Pues ya sé lo que han hecho: denunciar alguna infamia.

Es lo de cajón.

## Proposición atendible

Hablando de los Tribunales de Honor, dice un colega:

«¿Quiere el gobierno satisfacer á la opinión y servir la causa de la justicia? Pues acuda á remedios excepcionales; nombre un SUPREMO TRIBUNAL DE HONOR compuesto de militares y hombres civiles.

¿Cuál debía de ser la obra que habría de realizar ese Supremo Tribunal?

Muy sencilla: acudir al Banco de España, al Banco de Barcelona, al Crédito Lyónés y á otros establecimientos bancarios, pedir listas de las cantidades depositadas en ellos por los *nuevos indios* que han vuelto de las colonias, y exigir una justificación, á sus poseedores, de esas fortunas escandalosas, que dicen más en favor de nuestra decadencia que las derrotas sufridas y los desaciertos cometidos en la guerra.»

No se hará esto; mas por si acaso, advierto que antes que á donde el colega indica, debe acudirse á las casas de Banca de Calamarte y Sainz, de Madrid. ¿Qué de puntos oscuros quedarían explicados únicamente con revisar los libros de giros de ese par de casas, desde tres ó cuatro años acá!

## Un arzobispo frustrado

Fueron los padres de Juan García, modestos labradores de un pueblo de Castilla.

Después de muchos años de infecundo matrimonio, vieron con alegría que iban á disfrutar los encantos de la paternidad.

Nació Juanito, y su madre, ya cuarentona, y su padre, que ya frisaba en los cincuenta, volvíronse locos con él.

Desde luego empezaron á hacer cábalas acerca del porvenir de aquel hijo que tanto habían deseado durante la fecunda juventud, y tan de imprevisto y en un momento ya estaban esperando á la estéril vejez.

Los esposos fueron en una pieza padres y abuelos del angélico.

Este creció, y al propio tiempo crecían el entusiasmo y el amor de sus padres.

No tenían éstos más preocupación que la carrera que habían de dar al hijo en quien cada uno tenía puestos sus cinco sentidos, lo cual equivalía, matemáticamente considerado, á diez sentidos; pero entre todos no formaban un solo regular sentido común, como se verá.

El padre, que en sus mocedades fué soldado, soñaba para el chico con los entorchados de general; y la madre, que como buena lugareña, era beata, soñaba para él con una mitra de obispo.

Y en estos sueños dejaron de hacer lo que seguramente hubiera estado mejor al hijo; enseñarle el padre su oficio de labrador y dejarle luego como herencia su casa, sus tierras, sus yuntas y su ganado, y con todo ello una vida tranquila, en vez de lanzarle por el camino de las grandezas que muy pocos recorren con felicidad y muchos quedan rendidos y maltrechos en sus sinuosidades y asperezas.

Pero nada. Estos labriegos, en su ignorancia, creyéronse bastante ricos para dar una carrera brillante al rezagado vástago, y á éste con suficiente talento para estudiarla.

Después de muchas deliberaciones, triunfó, como no podía por menos, la opinión de la mujer, reforzada por la del cura del pueblo, y el chico fué desde luego destinado á la iglesia en donde su madre esperaba verle subir por lo menos hasta arzobispo.

El muchacho creció más. Le enviaron á estudiar á la capital de la provincia, y empezaron á salir las onzas del fondo del arca.

Cuando Juanito acababa casi con el latín, las onzas habían merchado mucho en número.

Dos años después vino la quinta. Las *peluconas* no alcanzaban ya ni la mitad del coste de la redención. Para completarlo hubo que acudir á los bienes raíces y semovientes.

Como los tiempos estaban malos, y los carlistas habían dejado en ruina el país, para reunir lo que faltaba, los padres de Juan malvendieron dos pares de hermosas yuntas y unas tierras de panllevar. Lo malbaratado valía más del doble; pero los compradores escaseaban, el dinero urgía y el que adquirió aprovechó de la ocasión.

Al padre de Juan le llevaron con sus cuatro bestias cuatro plumas de las alas de su corazón, con sus tierras otros tantos pedazos de su alma, y ochenta mil suspiros soltó su pecho cuando los ocho mil reales saltaron sus manos.

La madre, en cambio, le daba por bien empleado, asegurando que todo sería con buenas crees resacido cuando su Juanito pescara la primera prebenda ó canongía.

Nuevas necesidades del chico, que debía tener la cabeza algo dura, según lo que tardó en sus estudios, dieron al traste con otra buena porción de la paterna hacienda.

El padre, que fué perdiendo salud á medida que perdía bienes, se murió cuando Juan apenas estaba ordenado de epístola.

La madre fué más feliz, aunque sus brillantes aspiraciones se quedaron reducidas á ver á su hijo cantar la primera misa.

Juan, que á causa de su insuficiencia intelectual, no pudo doctorarse en cánones y teología, quedó reducido á ser un triste cura de misa y olla; y á la muerte de su madre, se encontró arruinado y sin más medios de vida que su des-



tino de teniente en la parroquia de un pueblo. Su ineptitud para predicar y para otras funciones que requieren ciertos dotes de inteligencia no le permitieron salir en muchos años de esa categoría. Al cabo y por una recomendación que cierto cacique rural le dio para el obispo, consiguió que le nombraran párroco de un pueblo de escasa importancia.

De este cargo empezó a sacar algún provecho; pero el diablo, que no duerme y todo lo enreda, y más cuando para ello se viste de falsas, tomando aspecto de mujer, mezclóse de pronto en la vida del párroco.

Enamoróse éste de una mujer casada, fresca y de buen físico, cuyo hombre era un labriego, tosco como el arado a que todo el día estaba asido y bruto como los bueyes que guiaba.

Oyó este patán murmurar en el pueblo que si el cura entraba o salía con harta frecuencia en su casa; que si había entre su mujer y el cura; y tanto dieron en decir de su mujer y el cura y el cura y su mujer, que el hombre, suspicaz y receloso, púsose en acecho y un día sorprendió a su costilla y al clérigo en su propia casa en pláticas y ejercicios nada piadosos.

Armado el galán de una regular estaca, empuñó con coraje tan copioso y rápido vapuleo, que el párroco tuvo que saltar, con riesgo de su persona y menoscabo de su dignidad, por las cercas de unos corrales, en mediano estado de decoro, porque la granizada de palos ni tiempo le dio para recoger la sotana y el bonete que se había quitado a causa del calor que le ocasionaba el ejercicio en que fue sorprendido, y que dejó abandonados en la precipitación de la fuga.

El galán, además de la descomunal paliza propinada a la cónyuge y de los sendos garrotazos que alcanzaron al cura, completó a su modo su venganza sacando a la vergüenza pública las prendas abandonadas por el fugitivo, con lo que provocó enorme escándalo en el pueblo.

Cuando la noticia por la diócesis y el párroco fué destituido. Sólo a fuerza de súplicas y ruegos, y renovando la recomendación de maras, consiguió don Juan que no le fueran retiradas las licencias.

Vinose a Madrid donde nadie le conocía, suponiendo que aquí no habían llegado los ecos del escándalo.

Pero El Motín que, como el diablo, no duerme y sabe todo cuanto a los curas se refiere, ha sabido todo esto, así como ve el protagonista de esta historia anda por ahí pobre, vijo y desesperado, sin más medios de vida que tal o cual misa que le sale por casualidad, y renegando, no sólo de la hora en que a sus estúpidos padres se les ocurrió la idea de hacerle arzobispo, sino hasta de la en que nació.

Historia que hacemos hoy pública con el fin de que sirva de escarmiento a los padres que tengan hijos brutos y quieran hacerlos obispos.

Para serlo no es necesario tener talento; pero por lo menos se necesita ser listo y saber hacer las cosas cubriendo las apariencias.

JOSÉ CINTORA

Un jesuita ha dicho desde el púlpito, que «Mallorca está amenazada con la invasión de los yanquis, que vendrán, no para apoderarse de la isla con todas sus incomparables bellezas, sino para romper de una vez las relaciones entre los mallorquines y Dios, y convertirnos en un pueblo completamente impío, más desgraciado todavía que ahora.»

¿Más desgraciado que ahora? No, loyola, no.

Muy español soy, tanto como el que más. Aun después de las recientes vergüenzas, pudiendo escoger, preferiría mi patria a todas. Mas esto no me impide reconocer, que con los yanquis, con los tagalos, con cualquiera, seríamos más felices que con esta raza de pillos que consienten a los suyos y a los frailes dominar en España.

Creo que esta sencilla explicación te hará comprender que antes que con vosotros, España sería feliz... con cualquiera.

## QUIEN AMA EL PELIGRO...

El templo de Belvis de Monroy amenazaba ruina desde tiempo hacía, mas los fieles no se inquietaban por tan poca cosa. ¡Iba a desplomarse estando ellos allí adorando al Dios de sus padres!

Sin embargo, así ocurrió el viernes santo, ¡patrieta!, matando a un niño de nueve años y dejando gravemente herida a una niña de corta edad.

Para que se tranquilicen los alcaldes y curas de los pueblos cuyas iglesias amenazan ruina, les diré que no están presos los que en Belvis han contribuido indirectamente a la muerte de esas pobres criaturas no tomando las precauciones debidas para evitar tales desgracias.

Y digo indirectamente, cuando acaso estuviera mejor decir directamente; pues, según se me asegura, ambos, el cura y el alcalde sabían, por habérselo advertido personas, entendidas que el edificio se vendría pronto al suelo.

Lean lo anterior los republicanos de Naval Moral de la Mata, pueblo cuyo templo amenaza ruina también, que permiten que sus familias lo frecuenten; y si no aspiran a quedarse viudos y sin hijos, en cuyo caso nada tendría que objetarles, eviten que continúen frecuentándolo.

Porque ya deben estar convencidos de que la intención no salva en estos casos.

## Verdades indiscutibles

En este país, exclama un eminente estadista de los destinados a salvar la sociedad, no hay opinión formada, ni cuerpo electoral, ni virilidad alguna.

—Ciertamente replica el naturalista;—y la explicación es muy sencilla aplicando los principios de la teoría darwiniana. Durante varios siglos hemos quemado, desolado, enrojado y descuartizado en nombre del Rey a la mitad de los habitantes que se permitían pensar. Después

hecho que, en nombre del Rey y de Dios perezcán en lejanas tierras todos los que, poco aptos para el pensamiento, se hallaban en cambio provistos de virilidad y energía. Y la cuarta parte restante ha sido transformada, siempre por la gracia de Dios y del Rey, en canónigos, frailes, pajes y siervos. Nosotros hemos heredado todas las cualidades adquiridas há ya muchos años por semejante sistema, y tenemos mucho que se procure ahora hacernos pensar por el mismísimo procedimiento que antes se empleaba para impedirnoslo.

Y suponiendo al naturalista en cuestión versado en las maravillas de nuestra clásica poesía, no sería extraño que recordara maliciosamente al político ordenancista aquellos conocidísimos versos de una poetisa inmortal:

«¿Qué humor puede ser raro que el que, falto de consejo, el mismo empaña el espejo y siente que no esté claro?»

Dejo a vuestra consideración el efecto que esta consecuencia de la teoría darwiniana produciría en el ánimo del salvador de sociedades.

¿Comprendéis ya por qué las teorías que a estas conclusiones conducen no pueden ser bien recibidas? ¿Vais descubriendo las secretas causas de la violenta antipatía que ciertas doctrinas inspiran?

LAPREANO CALDERON

Anticiáse que van a ser muy solemnes y brillantes las fiestas que hará Alcoy a su patrono San Jorge.

¿Sí? ¡Hombre, me alegro! Ya estaba yo con gran cuidado. No pasaba día sin preguntarme: «Pero esas autoridades de Alcoy ¿qué prepararán para el día de San Jorge?»

Gracias al periódico que ha traído la noticia, estoy ya tranquilo. Por el sé que las autoridades de Alcoy se van regenerando... hacia la cola.

Y siempre es un consuelo en medio de las tristezas que sufrimos.

## Invento utilísimo

Me escribe un Sr. Torres de Vilanova desde Barcelona, hablándome de la invención maravillosa que ha hecho; un explosivo que, siempre que mereciese la aprobación del Pontífice romano, podría administrarse a los fieles que lo solicitasen después de la comunión; explosivo que al ponerse en contacto con los jugos gástricos estallarían produciendo detonación terrible y la consiguiente diseminación de las paredes que lo aprisionaban.

No me parece mal el invento ni la aplicación, porque de esta manera los fieles probarían que por afirmar su fe arrostraban gustosos la muerte como los mártires de antaño. De lo único que dudo es de que, a pesar de cuanto algunos vociferan sobre su acendrado amor al catolicismo, se acercaran a comulgar, aun teniendo la seguridad de su ingreso en el cielo muriendo a raíz de acto semejante, es decir, en estado de gracia.

Pero aún en este caso ganáramos, pues no podrían seguir asegurando que estaban dispuestos a dar su vida por la religión, sin exponerse a que los legáramos: «¡Farsantes! ¡Hipócritas! ¡Embusteros!»

## La ciencia triunfa

leyendo el anterior artículo, he recordado que en Enero de este año hablaron los periódicos de que un cura de un pueblo de Galicia había muerto en el acto de decir la misa, por envenenamiento de la hostia realizado por un sobrino suyo y su ama (la del interfecto).

Y esto me ha hecho pensar en que acaso la noticia de tal crimen inspirara al señor Torres la idea de su invento. Si tal hubiere ocurrido, véase por qué misteriosos caminos adelanta la ciencia, y cuán diversa es la conducta de sus hombres de la que siguen los clérigos.

El ama y el sobrino del infeliz cura asesinado sabían que la hostia podía envenenarse, acaso por haber leído que algún Papa murió así, y callaron prudentemente, para llegar sin contratiempos prematuros al crimen que premeditaban.

El señor Torres, en cambio, descubre su explosivo, y se le ocurre la aplicación; mas como no quiere cometer crimen ninguno, sino anticipar la entrada en el cielo a los fieles que lo deseen, acude a El Motín para que lo divulgue, propague y recomiende, dando de este modo indiscutible prueba de sus elevados sentimientos.

El creyente apegado al mundo que no tiene malicia la prisa por ver el otro, toma la comunión, no el explosivo, y continúa pecando y confesándose. Pero el que siente su alma sedienta de goces infinitos, apela al invento locomotriz, y a los cinco minutos está su alma al habla con San Pedro.

Nada de engaños, nada de sorpresas; cada creyente hace el uso que mejor le acomode de su libre albedrío.

Los que han dicho que la ciencia está en bancarrota ¡cuánto se arrepentirán después de leer estos modestos renglones, y enterarse por ellos de que la ciencia, no sólo es millonaria, sino que se preocupa hasta de apresurar el ingreso en la gloria eterna a las almas de los que la combaten o la niegan!

Porque no creo que, dado el asunto y el instante en que se aplica, dude nadie del inmediato arribo a la corte celestial del alma que, pura y santificada, emprenda la última caminata antes que un nuevo pecado la retenga en este misero valle de lágrimas.

¡Gloria a la ciencia! ¡Aplausos a sus desinteresados sacerdotes!

## RIVALIDAD

Los cómicos son religiosos y hasta fanáticos, en su inmensa mayoría. Casi todas

las actrices, y muchos actores, se santiguan antes de salir a escena (sobre todo en noche de estreno), y mueven los labios como si rezaran. Algunas creo que hasta rezan de verdad—aunque para el caso es lo mismo.

En su afán de conquistar el cielo (después de haber ganado muchos de ellos la gloria sobre las tablas) los cómicos sostienen a sus expensas un templo católico. Ahí está la capilla de la Virgen de la Novena, que no me dejará mentir.

Esa capilla es propiedad de los actores; pero creo que en más de una ocasión los clérigos se han querido echar encima de esa propiedad y arrebatársela a sus legítimos dueños—costumbre piadosa si las hay, seguida por algunos beatos.—Los actores han defendido siempre su derecho a capa y espada y la capilla sigue perteneciéndoles.

La capilla constituye una ganga para los actores. Tienen que sostener el culto permanentemente—(porque si no vuelven a echarse encima)—que organizar alguna que otra función religiosa con todo el esplendor que su argumento requiere, que verifiquen funerales por el alma de los hermanos que fallecen... etc., etc.

Hay quien cree que harían mejor los cómicos en invertir lo que gastan en esa capilla, en la fundación y sostenimiento de una sociedad de socorros mutuos, un asilo para huérfanos de artistas, un hospital para inválidos del trabajo u otra institución cualquiera de utilidad práctica y conveniencia del momento... Pero sin duda está equivocado quien tal crea. Lo más importante es el alma; al cuerpo que lo porta un rayo, como dijo el otro.

Que el cómico se muera buenamente como Dios le da a entender. Una vez muerto, ya se encargaran los congregantes de la Virgen de la Novena de conquistar un cachito de cielo para el alma del difunto.

Los cómicos han dicho, como Jesús: «mi reino no es de este mundo», y a conquistar el otro se dedican con todo el ardor de que son capaces.

Veamos ahora cómo pagan los interesados la religiosidad y hasta el fanatismo de los actores.

Siempre que un sacerdote tiene ocasión, y hasta cuando no la tiene, suelta un sermón enérgico y furibundo contra el espectáculo teatral.

En opinión del clero el teatro es un centro de corrupción y de perdición. Si las orejas que le escuchan no quieren condenarse irremisiblemente, deben dejar de concurrir a los teatros. De lo contrario, arderán seguramente en los profundos infiernos—esos infiernos que tan minuciosamente describen los sacerdotes.

Para que se vea hasta qué punto el clero es enemigo irreconciliable del teatro, voy a referir, sin quitar ni poner tildes, una interesante anécdota de la vida de una actriz distinguidísima con cuya amistad me honro.

La acción en Sevilla.

La actriz en cuestión era entonces una niña de quince años. Tenía costumbre de confesarse con un canónigo de aquella catedral, y por tristes vicisitudes de familia había estado dos años sin avistarse con su confesor. Al cabo de dicho tiempo fué a confesar y el canónigo hubo de preguntarle, como era lógico, el motivo de aquella ausencia.

La joven le contó sus desgracias, que consistían en la muerte de su madre, en ver a su padre enfermo, y en hallarse, por tales razones, en situación precaria.

—Y ¿qué vas a hacer ahora?—preguntó con paternal interés el bondadoso sacerdote.

—Voy a emprender la carrera del teatro,—contestó la niña—y cuento ya con una contrata.

Como si al buen sacerdote le hubiese picado una vibora, saltó sobre su asiento y exclamó con tono melodramático:

—¡Eso no puede ser! ¡No lo consiento! ¡Arrepientete ahora mismo!

—No puedo arrepentirme, señor. No tengo otra cosa a qué dedicarme y me apremia la necesidad.

—¡Te digo que te arrepientas!—repitió el clérigo con imperioso acento y voz estentórea.

Entonces la niña, creyendo formular un argumento decisivo, de esos que no tienen vuelta de hoja, preguntó al canónigo:

—¿Voy a consentir que mi padre muera en un hospital?

—¡Que muera! Preferible es eso a que se pierda tu alma. ¡Arrepientete!

—No puedo, señor cura.

—¡No te absuelvo si no te arrepientes! ¡De qué tendría que absolver aquel hombre a la inocente y valerosa niña que con tan cabal conciencia entendía sus deberes?

—Que usted lo pase bien, señor cura,—dijo por último la joven—y se alejó llorando de la casa de Dios...

De vuelta en su casa, contó a su madre la escena ocurrida con el canónigo. Lo que más apenaba a la niña, espíritu sensible y delicado, era que el sacerdote no la hubiera querido absolver...

Entonces el enfermo, incorporándose trabajosamente sobre el lecho y elevando la descarnada diestra, dijo en tono solemne:

—Yo te absuelvo y te bendigo, pobre hija mía, en el nombre de Dios, y te aseguro que cumples con los sublimes preceptos de la más grande, de la más hermosa de las religiones: la religión del amor y del sentimiento... de la caridad y de la familia.

La joven secó sus lágrimas, se tranquilizó, quedó convencida, y desde aquel punto consagró su existencia a su querido enfermo:

«Si amor con amor se paga» según precepto religioso, los cómicos debían pagar a los curas en la misma moneda que pagaban ellos; que no hay nada tan lógico ni tan equitativo como la reciprocidad.

Hay que hacer una distinción completa y absoluta entre la religión y alguno de sus llamados apóstoles; entre Dios y varios de los que se titulan sus representantes en la tierra.

Estoy por creer que esa inquina de cierta parte del clero al teatro y a los cómicos, obedece principalmente a una especie de rivalidad.

CÓRCHOLIS

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El Gobernador civil de las Baleares dictó órdenes severas para que sus dependientes reprimieran durante la Semana Santa los abusos que suelen cometer en Palma de Mallorca algunos de los que asisten a la procesión con traje de penitentes. ¿Qué dicen a esto los templos que niegan la eficacia de la religión como freno de las pasiones humanas? De fijo callarán avergonzados.

Que si en Granada hay un marqués muy rico cuyos bienes administra un ministro de Dios...

Que si, por distracción sin duda, el ministro ese no prohíbe a los que cobran por la casa fijar en los recibos mayor cantidad que la que les entrega... ¡Ah caballero moralizador que con tal cuento me viene! Si es cierto lo que me dice, a los tribunales con ese clérigo; y sino lo es ¡callar!

Atribúyese a unas beatas muy beatas de Valladolid el robo de cuatro recinatorios en la iglesia de San Felipe de la Penitencia.

¡Para el que lleve reloj a esa iglesia y se ponga junto a ellas!

En la Aduana de Port Bou ha sido detenido un hermano marista perteneciente a una Corporación docente de Mataró.

El infeliz llevaba bajo sus humildes hábitos valiosas telas para casacas, que intentaba pasar sin satisfacer los derechos de Aduanas.

¡Qué bueno y qué tímido!

¿Con que te opones a que se venda ahí El Motín, cura de Pola de Allande? No tienes tú la culpa, si no los liberales de ahí que carecen de instinto de conservación, ó que son tan cobardes como las liebres.

Y ahora, entre paréntesis, te diré que eres un ingrato conmigo, pues has debido agradecerme el que nada haya dicho acerca de los qu-braderos de cabeza que le das al voto de castidad, y de la moza de 22 años que te has llevado a tu casa hace poco en sustitución de aquella otra alta lundita, y de lo que das que hablar a tus feligreses por oponerte a que la nueva hable con hombre alguno, y de...

Mas lo dejaremos para otro día, pues hay tela donde cortar y deseos en mí de demostrarte que más cuenta te hubiera tenido hacerte el muerto.

La civilizadora romería que a mediados de este mes irá al monasterio de Monserrat contribuirá poderosamente a nuestra regeneración.

Se promueve exclusivamente con el trascendental objeto de inaugurar el monumento representativo del cuarto misterio del dolor, en el camino de la cueva de aquel edificio.

Después de realizado esto, nadie en el mundo dudará de que España, no solamente es un país civilizado y culto, sino que sus afortunados habitantes se colocarán pronto...

A cuatro pies.

## FRAGMENTO

...Se recuerda frecuentemente que en los tiempos de los grandes acontecimientos de la revolución del último siglo, cuando tantos hombres inteligentes estaban amenazados por la cuchilla de la guillotina, el lenguaje de los hombres de corazón se hacía más fiero a medida que crecía el peligro: estos hombres eran los que, queriendo permanecer libres, habían hecho «pacto con la muerte».

A semejanza de ellos, cada uno de nosotros debe tener una tan alta idea de su labor, que para cumplirla haga un pacto con todos los infortunios posibles e imposibles; sólo así gozaremos de una dicha que jamás engaña, mirando con desdén las miserias de la vida. Y, sobre todo, que nadie cuente por sus estudios con una recompensa cualquiera, con una deuda u obligación que la sociedad haya contraído con él; la sociedad nada nos debe, y nos da en cambio suficiente al asegurarnos el goce de adquirir y de utilizar su caudal en beneficio de los demás. Pero si espera alguno que la ciencia le remunere como a un rentista del Estado, que no se culpe sino a sí mismo si llega la ciencia a engañarle, si la ciencia no eleva su corazón y no le da la serenidad de una existencia dichosa.

Cuanto más sepamos, cuanto más hayamos recibido, tanto más debemos dar en cambio, tanto más nuestra obra debe revestir un carácter de devoción y aun de sacrificio. No podremos pagar la deuda contraída con nuestros hermanos sino constituyendo un apostolado.

Vivificar la ciencia por la bondad, animarla de un amor constante por el bien público, tal es el único medio de hacerla productora de felicidades sin cuento, no sólo por los descubrimientos que acrecientan las riquezas de todas clases, sino también por los sentimientos de solidaridad que ella evoca entre los que estudian y por los goces que se experimentan al progresar en la comprensión de las cosas.

Esta felicidad es una felicidad activa; no es, no, la egoísta satisfacción de conservar el espíritu en reposo, sin miedos ni rencores; al contrario, dicha tal consiste en el ejercicio ardiente y continuo del pensamiento, ya que no hay para nosotros reposo mas que en el sufrimiento.

ELISEO RECLUS

## ¡ADELANTE!

El Capitán Verdades, que tantas idem está diciendo en El Nacional sobre lo ocurrido en la campaña de Filipinas, ha recibido una carta de otro capitán, Pérez Fernández, felicitándole por su valentía para denunciar los horrores, canalladas y cobardías cometidos por algunos generales. Este capitán pidió su separación del servicio al regresar de Filipinas, y suplicó por medio de la prensa a aquellos de sus compañeros que conocieran algo malo ó digno de censura se lo digieran, firmado, con detalles y fechas que él pudiera comprobar, para hacerse cargo de ello. Y tal desengaño sufrió, que le dice ahora a El Capitán Verdades:

«¿Cree usted que ha habido uno siquiera, de los muchos que, en el café y en la calle murmuran de sus jefes, que se haya atrevido a facilitarme un dato? ¡Ninguno!

Y tiene usted por ahí los más directamente deshonrados en las derrotas, entregas y capitulaciones (que a todos nos deshonran) tan guapos, tan adornados y tan satisfechos, como si no hubiera pasado nada, y leerán todo lo que digamos, y les servirá de conversación unos días, y a la mayor parte se les olvidará muy pronto.

Pues, ¡y los generales que andan por ahí hablando mal unos de otros ó queriendo organizar partidos nuevos, pero en la sombra, no como aquellos que montaban a caballo y barriaban todo lo que estorbaba?

¿Será verdad que han existido Esparteiro, Narváez, León, Prim y tantos otros locos antiguos?

Todo está lo mismo: la prensa, en su mayor parte, acobardada ó vendida, y el pueblo envilecido hasta un extremo inconcebible; aún se oyen en las calles, en los cafés y en las tabernas las maldiciones a todos nuestros gobernantes, que son los responsables de todas las últimas deshonras; todos coinciden en que se les debía haber colgado y arrastrado; pues ahora llegan las elecciones, y volverán a darles su voto para que sigan medrando y haciendo daños.

Esto es cosa perdida; creo, pues, que machacamos en hierro frío.

Conforme en un todo con ese capitán, menos en lo de que machaque en hierro frío el que dice honradamente una verdad. Saldrá el reventado (esto siempre); ¡pero perderse lo que diga? No.

La verdad es una semilla que nunca deja de fructificar, aunque el fruto no sea para el que la siembra.

¡Adelante, pues!

## Consultor de feligreses

—¿Es cierto que el apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, si es con un fin piadoso ó de resarcimiento, lejos de constituir un delito se tiene por mérito entre casuistas?

—Sí; y es moral predicada a diario en los púlpitos, locutorios de los conventos y confesiones de religiosas.

Sin embargo, no me atrevo a recomendar su práctica, porque a lo mejor salta un juez ó un guardia civil que desbarata la combinación.

Una de las primeras medidas que debe adoptar el ministro de la Gobernación (sin consultarla con Polavieja, porque en ese caso no podría realizarla) es cerrar los círculos de los luises y gonzagas, enterándose del domicilio de cada socio para detenerlos a todos y llevarlos a lavar la ropa de los asilados del Hospicio, y de los enfermos de los hospitales en el momento que se levanta la primera partida carlista.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a El Motín

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.  
LOS REYES CON MOTE, por «El Motín». Con láminas.  
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, Discurso del obispo Stroussmayer.  
JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.  
LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.  
MONJA SECRETA, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.  
LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.

CARTAS DE TAYLOR al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TAYLOR al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».

LA REMEDIADA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÍSTICAS HORRORICAS de los jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNÓGRAFICAS de los jesuitas, idem, idem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

Ó CATECISMO ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas a una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1931.

CON LA JUSTICIA Y LA INJUSTICIA... CRÍTICA, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus».)

LA ESCALVITUD Y LA IGLESIA, por idem.

LOS MEJORES SONETOS PIADOSOS, por «El Motín».

CURAS Y AMAS, por idem.

GRACIAS DE CURAS, por idem.

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29.